

Que los paisajes de la diferencia no se ven, no se extienden, no se exhiben como vistas panorámicas ante un ojo que sabe a ciencia cierta eso que ve, que tan sólo se auguran, se prenuncian; que deben leerse desde la mirada antigua y vidente, oráculo, sibila que interpreta la dirección del vuelo de los pájaros en el cielo griego; que la diferencia rehúye el espectáculo y la espectacularidad, que se recoge en las celosías de hojas y algodón tejidas con letras de Mar Arza, literaturas de papel hiladas con su ausencia, su ilegibilidad, su invisibilidad. Que la diferencia sexual no se somete al reflejo en el espejo del ocularcentrismo patriarcal, como dice Luce Irigaray en *Espéculo*; que la diferencia sexual se oye más -en la lengua- de lo que se ve -en la imagen-, como escribe Hélène Cixous en *Sa(v)er*; que la creencia, la espera y la *atenção* sólo se vislumbran en el rechazo de la seguridad tranquilizadora puesta en la visibilidad y en el saber, como repite Clarice Lispector en su *Pasión*; que lo visible de la aurora sólo surge, paradójicamente, de esa oscuridad que ampara, como evoca María Zambrano en *De la Aurora*.

Si la mirada que alberga la diferencia ni caza, ni capta, ni captura, si visa sin mentar, sin esa intencionalidad que objetualiza; si parece disolver esa etimología indoeuropea que la hermana con el saber de la *idea* griega (“concepto”, “forma”, de *idein*, “ver”) y la *intuitio* latina (de *intueor*, “mirar”); si el pensamiento de la diferencia se aleja de la presentación y la apariencia del sentido heredado para hilvanar, tejer y bordar otras genealogías literarias y filosóficas en las que el sentido ya no volverá a ser ese que fue, el *mismo*, como en la opacidad escrita casi sin letras, dicha casi sin palabras de (presagio) y ...paisaje... que anuncia la no-transparencia de los significantes en la tradición, donde la incisión, el corte y la abertura son muestras de emancipación practicadas desde el acto de recepción, lectura y escritura con tijeras goma.

El sentido ya no es e-vidente, no se muestra a ojos vistas. Los significantes no se borran para ceder su lugar al significado con-sabido, la letra escrita se expone como ausencia o inscripción en lugares inauditos con vistas a anteponer la receptividad activa a la pasividad de la recepción. Recibir es un verbo activo, los espejos no devuelven copias miméticas, simples repeticiones de lo ya visto, contenido ya conocido de antemano, sino que reflejan palabras antiguas pero nuevas. La ciencia ya no es cierta, ni el sentido, común, la diferencia obra la palabra en la lengua para otra comunidad significante, labrándose ahí donde aún no hay sendero. El sentido no se da como un libro abierto, pues ahora los libros se entreabren tan sólo para dejar poner su huella en ellos, tallar, incidir, inscribir en todas sus páginas esos *ex-libris* que en latín indican la pertenencia a una biblioteca personal, literalmente “de los libros de...”. En cada página, la presencia de un *ex-libris* invisible cincela una autoría renovada, la de la lectura hecha con los ojos de las manos y los dedos de la artista, que horadan y agrietan la autoridad del autor para trazar en su lugar las letras del nombre de quien lee.

Joana Masó

**Text de Joana Masó publicat a: *La Relació. Documents 2000-2008*.
Barcelona: Duoda, Centre de Recerca de dones / Publicacions i Edicions
Universitat de Barcelona, 2009: 93.**